

FELIZ NAVIDAD, ABUELO

Cuando Ulpiano se acercó al ataúd de su abuelo, colocado en el centro del enorme salón de la casa, no le besó como había hecho el resto de la familia, pero a nadie le extrañó. En lugar de un beso le lanzó una sonrisa amarga como un dardo, no exenta de satisfacción. “Ya no volverás a joderme nunca más”, pensó. Le odiaba tanto y había deseado tantas veces que algo malo le ocurriera, que la súbita noticia de su muerte le dejó a Ulpiano frío, sabía que el viejo tenía una salud de hierro, si acaso algo de azúcar, había oído. Pero eran sus últimas palabras al anciano lo que más le inquietaban, palabras premonitorias, fruto de la humillación y el enfado.

Cuando su madre le llamó para informarle: “vente hijo, vente, olvídale todo que ya está muerto, mañana le enterramos” tan solo habían transcurrido cinco días desde que tuvieron la última gran bronca en familia, como todas las Navidades, el único momento del año en que Ulpiano tenía que soportar al déspota de su abuelo, la cena de Nochebuena. Iba allí solo por su madre, Ulpiano odiaba la Navidad. Era igual de déspota y odioso con toda la familia, pero con Ulpiano era particularmente implacable. Esta vez el abuelo, al que nadie hacía frente menos Ulpiano, le había atacado poco después de servir el pavo.

–Ulpiano Pérez, inútil, tú nunca vas a llegar a nada, –le había dicho para humillarle, con tono autoritario. Los demás guardaron silencio. El abuelo consideraba que Ulpiano no había cumplido con las expectativas que su padre, muerto hacía unos años, había puesto en él. Su oficio de pasante en la ciudad le parecía mediocre, insignificante.

–Y tú ¿a qué has llegado, Juan?, –le respondió Ulpiano, que no se arredraba.

El abuelo se puso pálido de rabia. Ulpiano, su nieto, le trataba de tú y encima le llamaba por su nombre porque sabía que eso le dolía.

–Cuando aprendas a respetar, Ulpiano, sabrás lo que es ser un hombre, –y diciendo esto golpeó la mesa haciendo tambalearse las copas de vino recién servido. Una de las velas de navidad cayó al suelo.

–¿Cómo puedes pretender que alguien sea hombre llamándose Ulpiano?, –respondió el nieto.

Las mujeres de la casa empezaron nerviosas a cantar “esta noche es noche buena y mañana navidad....”. El abuelo dejó caer una sonrisa burlona, satisfecha.

–Ojalá te mueras, viejo, –sentenció Ulpiano, mientras que las mujeres subían el tono del villancico para quitar fuerza a sus palabras “ande, ande, ande, la marimorena....”. El abuelo agitó el puño en el aire con la cara enrojecida por el odio.

–Sabes que fue por tu bien, aunque con todo y con eso nunca llegarás a nada.

Ulpiano, irritado, loco de rabia, se levantó y salió a la calle a buscar un taxi para volver a la ciudad, prometiéndose a sí mismo no volver el año próximo. Su madre le siguió, pero no consiguió pararle.

“Ulpiano, cochino marrano,” le hacían la rima de niño, y luego de más mayor “Ulpiano, me la tocas con la mano”, siempre soportando ese maldito apelativo, toda su vida tratando de ocultar el nombre, avergonzándose cada vez que algún funcionario lo mencionaba en alto, siempre ese nombre del demonio que al abuelo se le había ocurrido en un arrebato de furia cuando, hacía ya muchos años, alguien le equivocó con un peón de la finca a su servicio, que tenía su mismo nombre y el mismo apellido, Juan Pérez. ¡Tomarle a él por un simple empleado!, eso le humilló. Orgullosa y arrogante desde ese momento, obligó a sus hijos a llamar a sus nietos con nombres que el elegiría y que, de seguro, les tenía que distinguir de por vida.

Los otros nietos siempre callaban, los primos de Ulpiano: Columbano, Ursulino, Doroteo, Lupicino y, pobrecillo –a Ulpiano siempre le parecía el peor de todos- Robustiano.

Y ellas: Aniceta, Emerenciana, Crisóstoma. “¿De qué te quejas?” le solían decir como para consolarle.

–No lo soporto, es un desgraciado, ¿pero es que no os da vergüenza?, –les había vuelto a decir antes de la cena. Ulpiano solo veía a sus primos en Navidad y no les conocía demasiado. Le parecían unos resignados, unos sumisos y unos arrastrados, sobre todo Robustiano –pobrecillo- el que en la última Nochebuena, hacía apenas cinco días, le había regalado al abuelo una cesta con varias tabletas de turrón, un turrón riquísimo que dijo que se

lo habían preparado especialmente en una pastelería de la capital “solo para ti, abuelo, Feliz Navidad”. Un regalito goloso para tener contento al viejo.

Ya no tendrían que aguantarle nunca más.

Josu Bilbao, diciembre 2011

